

UNA FÍBULA SIMÉTRICA DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO MUNICIPAL DE LORCA Y LAS FÍBULAS LOBUNAS CELTIBÉRICAS

Alberto J. Lorrio Alvarado
Universidad de Alicante

Resumen

A partir de la identificación en el Museo Arqueológico Municipal de Lorca de una fíbula simétrica con prótomos de lobo se analiza un conjunto homogéneo de fíbulas celtibéricas caracterizado por incorporar la representación de este animal como elemento esencial, permitiendo definir un tipo de fíbula zoomorfa hasta ahora poco valorado, que viene a sumarse a los conocidos ejemplares celtibéricos de caballito, de toro, de jabalí o de ave.

1. INTRODUCCIÓN

El Museo Arqueológico Municipal de Lorca alberga una destacada fíbula simétrica (nº inv. 1745), donada en noviembre de 1991 por don Juan Gabarrón Campoy (nº expediente: 4/91). La pieza procedería de las laderas del Cerro del Calvario, en las inmediaciones de la pedanía de Coy (Lorca, Murcia), donde se localizaría una necrópolis romana relacionada con el yacimiento de El Villar, una villa fechada entre los siglos I a.C. y V d.C., lo que llevó a considerarla como un posible hallazgo de la referida necrópolis, interpretándose como un broche formado por dos perros afrontados (MARTÍNEZ 1991-1992: 213, lám. IV).



En una reciente visita al museo nos llamó la atención dicho ejemplar, por tratarse de un modelo de origen celtibérico, cuya datación prerromana no parece presentar dudas. A pesar de haber sido publicada, la pieza había pasado prácticamente inadvertida entre los especialistas, por lo que, a sugerencia de don Andrés



Martínez, director del Museo Arqueológico Municipal de Lorca, decidimos estudiarla¹.

2. DESCRIPCIÓN

Se trata de una fíbula de doble prolongación con terminales simétricos rematados en cabezas de lobo. La pieza, de bronce, está fabricada a molde, conservándose el puente, de bulto redondo y sección ovoide, presentando la cabecera perforada, aunque se encuentre actualmente rota, quedando delimitada por sendas muescas, observándose concreciones de hierro en la zona que cabe considerar como los restos del eje del resorte, no conservado. La pieza refleja gran naturalidad, habiendo sido realizada, como ya señalara A. Martínez (1991-

1992: 213), por dos animales contrapuestos unidos por el cuerpo, representándose en ambos casos la cabeza y los cuartos delanteros. Muestra las cabezas facetadas, la de la cabecera prácticamente horizontal mientras que la opuesta aparece algo inclinada hacia abajo, cada una con dos puntiagudas orejas, apareciendo la zona del cuello decorada en cada caso con una fina moldura a modo de collarín, mientras sencillas líneas incisas marcan detalles anatómicos, como la boca; igualmente, el lomo ofrece, en su parte central, trazos transversales, mientras que la pata delantera de uno de los animales, que funciona como mortaja, aparece decorada con dos líneas incisas paralelas al borde. Dimensiones: long. total: 4 cm; altura puente: 2 cm; grosor: 0,5 cm (Figs. 1 y 2.3). Peso: 11,92 g.

3. PARALELOS Y CRONOLOGÍA

3.1. LAS FÍBULAS LOBUNAS EN EL MUNDO CELTIBÉRICO

Los animales representados en la fíbula lorquina fueron interpretados como sendos perros (Martínez, 1991-1992: 213), aunque más bien se trataría de lobos,

¹ Quisiera manifestar mi agradecimiento de Andrés Martínez y a Juana Ponce, por las facilidades dadas para estudiar la pieza en el Museo Arqueológico Municipal de Lorca, proporcionándonos tanto la documentación gráfica como los datos relativos al hallazgo. Igualmente, a María Dolores Sánchez de Prado a quien se deben los dibujos a línea de las piezas estudiadas.

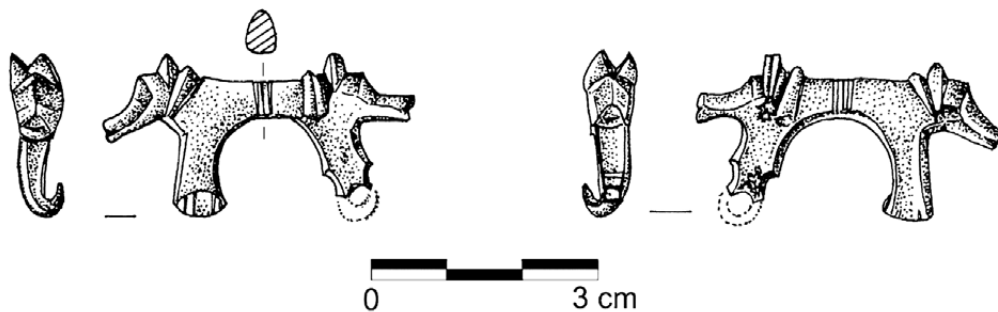


Figura 1. Fíbula del Museo Arqueológico de Lorca (foto al doble de su tamaño).



dadas sus similitudes con otras piezas donde aparece este tipo de animal. Así lo confirmarían ciertos detalles iconográficos, como la característica forma del morro o las orejas puntiagudas. Esta interpretación encuentra mejor acomodo dadas las especiales connotaciones que el lobo tendría en época prerromana (ALMAGRO-GORBEA, 1999: 25 ss.; ALMAGRO-GORBEA *et al.* 2004: 227), más acorde con el elenco de representaciones zoomorfas de las fíbulas meseteñas, que incluyen sobre todo caballos, toros, jabalíes o aves (ESPARZA 1991-1992; CERDEÑO y CABANES, 1994: 104 ss.; ALMAGRO-GORBEA y TORRES, 1999; LORRIO y OLIVARES, 2004: 102 s., fig. 36).

Frente a lo que ocurre con los restantes tipos de fíbulas zoomorfas, las lobunas no han sido suficientemente valoradas ni han gozado de la atención que sí han tenido los referidos modelos. El reducido número de ejemplares conocidos y su variabilidad, con ejemplares ya simétricos (CABRÉ y MORÁN, 1982: fig. 28,4-6; LENERZ-DE WILDE, 1991: 62, Abb. 44,1 y Taf. 105, 274), curiosamente el modelo mejor representado, frente a lo que ocurre con los restantes tipos zoomorfos donde priman las representaciones individuales, ya simples, reproduciendo el cuerpo completo del animal (ARGENTE, 1994: 176, n° 34, aunque con atribución errónea; LORRIO y SÁNCHEZ DE PRADO, e.p.), o únicamente la cabeza (VALIENTE y RUBIO, 1985: 123, lám. I, 5; ARGENTE, 1994: 248, fig. 40, 341; GONZÁLEZ, 1999: 207, lám. XXV, 154; JIMENO *ed.*, 2005: catálogo, n° 276), pueden ser algunas de las razones que han llevado a dejar de lado el estudio de este modelo característico de fibula. No es extraño, por todo ello, que algunos ejemplares, muy similares al que aquí estudiamos, aunque simples, hayan sido interpretados como la representación de un cerdo o un jabalí (ARGENTE, 1994: 176, n° 34; CERDEÑO y CABANES, 1994: 105, fig. 2,2), a pesar de las notables diferencias que presentan, lo que demuestra las dificultades que entraña la correcta identificación de este tipo de objetos.

A pesar de que, como hemos señalado, existan otros ejemplares lobunos igualmente simétricos en el mundo celtibérico, la pieza del Museo Arqueológico Municipal de Lorca guarda grandes similitudes con una pieza simple procedente de Arcóbriga (Monreal de Ariza, Zaragoza), necrópolis excavada por E. de Aguilera y Gamboa, XVII marqués de Cerralbo a inicios de siglo XX. La fibula (n° inventario M.A.N.: 1940/27/ARC/4744) formaba parte de la tumba G, integrada por un rico ajuar bronceo, lo que resulta de gran interés, pues al conocer su contexto de procedencia puede

determinarse la cronología del ejemplar, lo que como veremos no es el caso de la gran mayoría de las piezas estudiadas. Las semejanzas entre ambas son notables, con elementos estilísticos y técnicos que sugieren, incluso, su procedencia de un mismo taller (Fig. 2.1). Se trata de un ejemplar de bronce fabricado a molde, del que se conserva el puente, de bulto redondo aunque de sección circular, presentando la cabecera perforada, aunque sin las muescas de la pieza murciana, quedando restos del eje del resorte de muelle, así como un fragmento de la aguja en el interior de la mortaja, todo ello de hierro (LORRIO y SÁNCHEZ DE PRADO, e.p.). Ofrece la cabeza facetada y dos orejas triangulares, con sencillas líneas incisas marcando detalles anatómicos, como el hocico o el rabo, decorados con cortos trazos en ángulo. Igualmente, la pata delantera aparece decorada con dos líneas incisas paralelas al borde, tanto por el anverso, donde forma la mortaja de forma idéntica al ejemplar de Coy, como por el reverso, mientras que la pata trasera presenta dos líneas incisas transversales paralelas, por encima de la cabecera. El lomo ofrece, en su parte central, dos trazos igualmente transversales, mientras que la zona del cuello aparece decorada con dos finas molduras a modo de collarín, detalles éstos igualmente presentes en nuestro ejemplar. Sus dimensiones son, también, coincidentes (long. total: 3,9 cm; altura puente: 2,1 cm; grosor: 0,5 cm). La pieza fue reproducida por Cerralbo (1916: 63 ss., lám. XII) formando parte de la “sepultura de una sacerdotisa del Sol?”.

El ajuar de la tumba G (Fig. 5) estaba compuesto por la urna cineraria, un pequeño cuenco de amplia boca exvasada y un numeroso conjunto de elementos de adorno que incluía un broche de cinturón damasquinado de tipo ibérico, un elemento de tocado, la citada fibula zoomorfa, parte de unas tijeras, unas pinzas, una fusayola decorada, y otros adornos como pulseras, anillos o colgantes. A pesar de no haberse conservado la mayoría de los objetos que constituyeron este ajuar, la identificación de algunas de las piezas más destacadas, como el broche de cinturón, el tocado o la fibula zoomorfa, son determinantes para precisar la cronología del conjunto, que debe fecharse hacia fines del siglo III y el II a.C., pudiendo señalar estrechas similitudes entre algunos de estos objetos y otros de la necrópolis de Numancia, como el broche de cinturón o las pinzas de depilar (JIMENO *et al.*, 2004: figs. 65a y 45,2, respectivamente).

Cerralbo (1916: 64) consideraba que el ejemplar de la tumba G “tal vez fuera el *totem* de la ciudad, pues Arcóbriga, en celta, pudiera traducirse por ciudad del oso”. Como se ha indicado, la pieza fue interpretada



posteriormente como un cerdo por Argente (1994: 176, nº 34), quien atribuye el hallazgo erróneamente a la necrópolis de Almaluez (Soria), incluyéndola en su tipo 8B1.1, y como un jabalí por Cerdeño y Cabanes (1994: 105), que la integran en su Grupo 1, caracterizado por ofrecer una representación naturalista del animal, señalando la similitud formal que guarda esta pieza con un hallazgo de la Meseta Occidental (CERDEÑO y CABANES, 1994: 105, fig. 2,2), que creemos debe interpretarse también como un cánido.

De la necrópolis de Arcóbriga procede, además, otro ejemplar, inédito (nº inventario M.A.N.: 1940/27/ARC-2373, nº antiguo 247) (AGUILERA, 1911, IV: lám. XXXVI, 1; LORRIO y SÁNCHEZ DE PRADO, e.p.), también de bronce, del que se conserva el puente con la representación de un animal, fabricado a molde, que creemos poder interpretar en relación con las piezas que aquí analizamos, toda vez que, frente al ejemplar anterior, ofrece el morro más horizontal y un hocico más plano, lo que nos lleva a señalar su semejanza justamente con la figura que ocupa la zona de la cabecera de la fibula lorquina; conserva parte del resorte de muelle, con cuatro espiras laterales y unas dimensiones algo inferiores a las piezas anteriores (long. total: 3,5 cm; altura puente: 1,7/2 cm; grosor: 0,5 cm) (Fig. 2.2).

Por otra parte, la similitud del ejemplar del Museo Arqueológico Municipal de Lorca con otras piezas lobunas no parece presentar tampoco excesivas dudas, destacando una serie de ejemplares simétricos, con sendos prótomos unidos por el cuerpo, lo que les asemeja obviamente con nuestra pieza, aunque como diferencia presenten el pie fundido al puente, de forma que el vástago del apéndice caudal se transforma en la mandíbula inferior del animal, que ofrece la boca abierta.

En primer lugar, analizamos un ejemplar procedente de Carboneras de Guadazaón (Cuenca), actualmente en el Museo de Cuenca (LENERZ-DE WILDE, 1991: Taf. 105,274), del que se desconoce el contexto, aunque existen noticias del expolio de una necrópolis de la Edad del Hierro en el citado término municipal²; frente al facetado que caracteriza las piezas descritas con anterioridad, el ejemplar conculca suple tales elemen-

tos con líneas incisas, decoradas con puntos troquelados, habiéndose representado los ojos del animal mediante dos pequeños rebajes circulares. La zona del cuerpo muestra unas características molduras, igualmente contorneadas por líneas de puntos troquelados (Fig. 2.4).

Otro ejemplar, de procedencia desconocida, aunque se ha situado en un lugar indeterminado de la Meseta (CABRÉ y MORÁN, 1979: 22, fig. 13,11; Íd. 1982: fig. 28,4), está depositado en el M.A.N., resultando algo diferente a la pieza anterior (LENERZ-DE WILDE, 1991: 62, Taf. 233,954). Presenta un mayor esquematismo y un acabado que suprime la idea de estar ante dos animales unidos por sus troncos, sobre todo por lo que se refiere a la que adorna la cabecera que, en esta pieza, se reduce prácticamente a una cabeza aplicada, de la que únicamente sobresale la zona del hocico, a diferencia de los ejemplares simétricos analizados, donde las cabezas están claramente individualizadas, pudiendo incorporar una tercera cabeza esquemática en la zona del pie, según parece deducirse de la documentación publicada (Fig. 2.5).

Una interpretación similar cabría plantear para una pieza de Cova Freda de Montserrat (Barcelona) (NAVARRO, 1970: fig. 17,5; LENERZ-DE WILDE 1991: 62, Taf. 79,195), considerada por Cabré y Morán (1979: 22) como una importación de la Meseta. Muestra, igualmente, dos cabezas sobre el puente, totalmente integradas en el mismo, ofreciendo una mayor estilización y esquematismo, aunque dada la recurrente representación de este tipo de animal en otras fíbulas similares no parece desacertado plantear que se trate de cabezas lobunas (Fig. 2.6).

En realidad, estamos ante piezas más evolucionadas que los ejemplares simples descritos y que la pieza simétrica del Museo Arqueológico Municipal de Lorca, presentando ya esquema de La Tène Media, siendo asimilables al Grupo VIIa de Cabré y Morán (1979: 22) y al tipo BXIII de Lenerz-de Wilde (1991: 62). Se trata de modelos cuyos apéndices caudales forman ya parte del propio puente, pero en los que todavía se siguen manteniendo ciertas características ornamentales, como las molduras en el puente y, sobre todo, un destacado nódulo en su parte posterior, que en las piezas que analizamos se transforma en una de las cabezas zoomorfas, que muestra, para ello, las fauces abiertas a fin de sujetar el extremo del apéndice caudal, desempeñando la función de aquel anillo de fijación que caracterizaba modelos anteriores, peculiaridades que llevan a Cabré y Morán (1979: 22) a mantener su inclusión en el grupo de fíbulas que consideran “derivaciones regionales evo-

² La pieza (nº inv. 62/108/1) pertenece a los materiales de Carboneras de Guadazaón donados por Federico Campos, aunque en la relación de materiales inventariados en el año 1962 por Francisco Suay conservada en el Museo de Cuenca, se señale su procedencia “de un pueblo de la Sierra”.

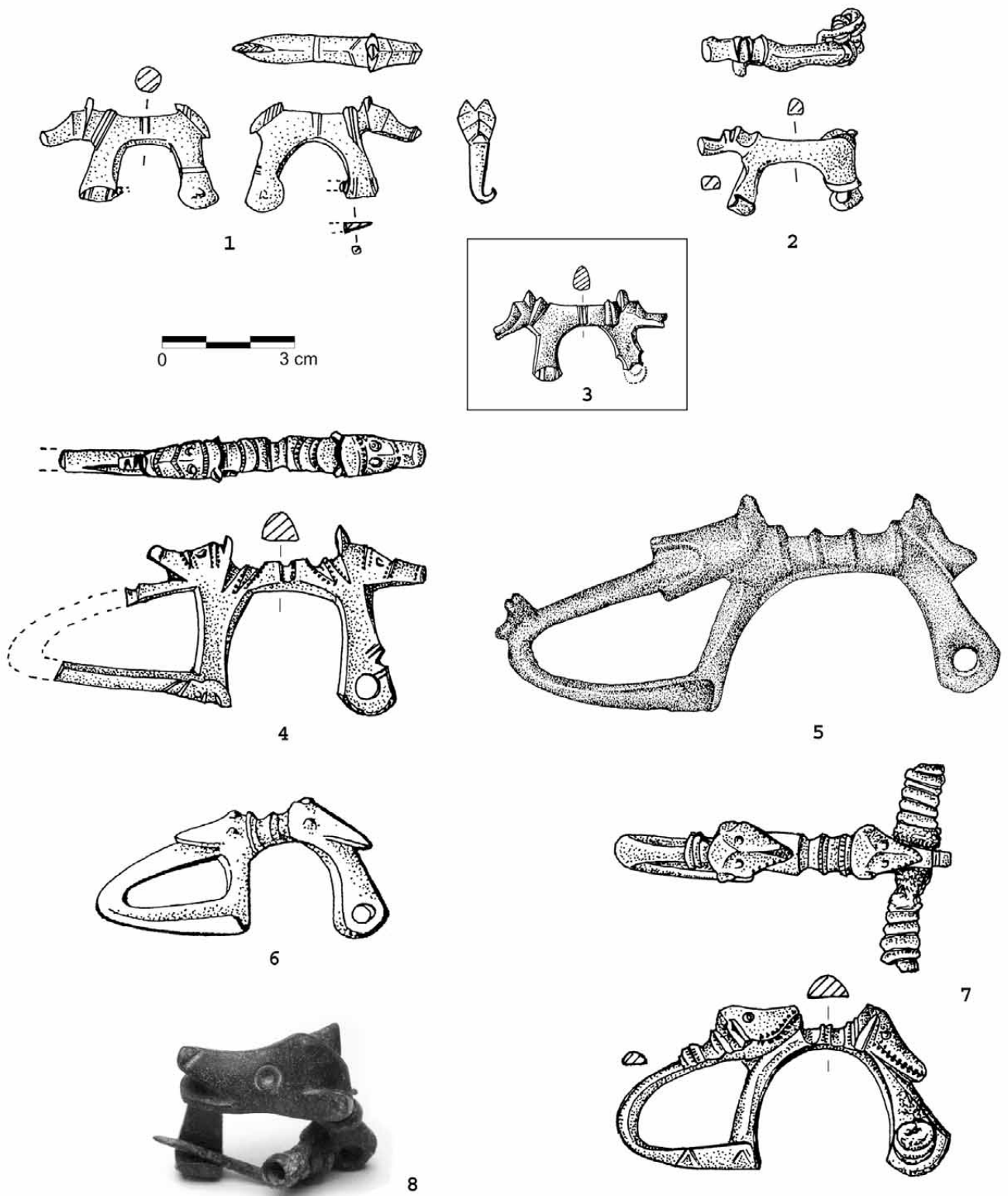


Figura 2. Fíbulas celtibéricas con representaciones de lobos: 1. tumba G de Arcóbriga; 2. necrópolis de Arcóbriga; 3. Coy (Lorca); 4. Carboneras de Guadazaón; 5. M.A.N.; 6. Cova Freda; 7. La Atalaya; 8. Numancia. (1-2, según Lorrio y Sánchez de Prado, e.p.; 5. según Lenerz-de Wilde 1991; 6. según Navarro 1970; 8. según Jimeno, ed., 2005). (8, aproximadamente a su tamaño).



lucionadas de La Tène II". Sin duda estamos ante piezas que vienen a representar el último estadio evolutivo de este tipo, constituyendo una variante muy específica y singular que Cabré y Morán (1982: 22) agruparon bajo la denominación de "cabezas devoradoras" y en la que incluyeron un ejemplar, en plata, que formaba parte del tesoro de Torre de Juan Abad (Ciudad Real), que Raddatz (1969: 142 y 148) asimila a su Grupo V de las fíbulas argéneas con esquema de La Tène Media. Esta pieza ofrece mayor complejidad que los ejemplares bronceos, al mostrar el puente decorado de forma simétrica con sendas cabezas lobunas, motivo que decora, igualmente, el pie, cuyo apéndice remonta la cimera del arco, quedando adherido a su parte superior, y en el que se perciben de forma clara otras dos cabezas contrapuestas de lobo (RADDATZ, 1969: 265, n° 2, Taf. 79,5; LENERZ-DE WILDE, 1991: 156 ss., Abb. 115,1); además, se incorporaron como remates ornamentales del resorte dos magníficas representaciones de cabezas de felino (Fig. 3.1).

A estos ejemplares cabe añadir otro, inédito, con esquema también de La Tène II, hallado en la acrópolis fortificada del poblado de La Atalaya, en Chelva (Valencia), perteneciente a una colección particular (Fig. 2.7). Está decorado, igualmente, con cabezas de lobo en el puente, por lo que podríamos estar ante una evolución de los modelos descritos con anterioridad, al no tratarse del típico ejemplar simétrico, toda vez que ambas cabezas aparecen orientadas en la misma dirección. La pieza es de bronce salvo el eje, de hierro, faltándole sólo la aguja. Las cabezas muestran los ojos marcados mediante dos círculos concéntricos, así como una decoración de puntos troquelados contorneando la boca, representando los dientes del animal, lo que daría la sensación de tener las fauces abiertas, peculiaridad claramente representada en el ejemplar que remata el pie, algo mayor que el situado en el otro extremo del puente, cuya posición y tamaño menor recuerda al esquema reproducido en la fibula descontextualizada del M.A.N. Líneas incisas decoran la mortaja, encontrándonos con las habituales molduras en la zona del cuello de los animales.

Todos estos ejemplares asimilables a La Tène II ofrecen unas dimensiones notablemente mayores –casi el doble en general– que las que presentan los modelos simples o la pieza simétrica de Lorca, lo que contribuye a individualizar ambos grupos, pudiendo relacionar los ejemplares de mayor tamaño con el uso en prendas de cierto grosor, posiblemente sagos.

Por otra parte, de la ciudad de Numancia (ARGENTE, 1994: 248, fig. 40,341; JIMENO ed., 2005: catálogo,

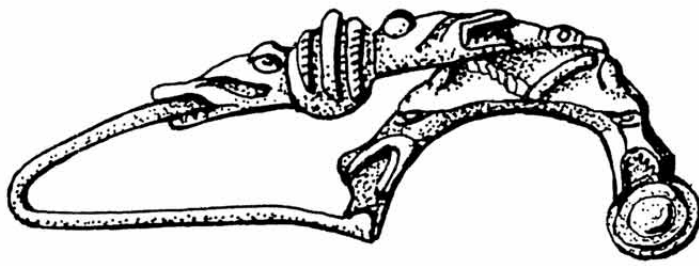
n° 276) procede un ejemplar de pequeñas dimensiones en el que una esquemática cabeza de lobo, con la boca abierta y las orejas hacia atrás, hace las veces de puente de una fibula, resultando un modelo ya más simple por tanto que las piezas anteriormente descritas (Fig. 2.8). Ejemplos similares, sin contexto, se han encontrado en Valdanzo (Soria) (GONZÁLEZ, 1999: 207, lám. XXV, 154) y en Perales de Tajuña (Madrid) (VALIENTE y RUBIO, 1985: 123, lám. I,5), siendo ejemplares de pequeño tamaño, con puentes cuyas longitudes se sitúan en algo menos de 2,5 cm, aunque de la pieza madrileña, publicada como una fibula en forma de cabeza de perro, no conocemos sus dimensiones.

Mención aparte merece una pieza de plata procedente de Armuña de Tajuña (Guadalajara), al tratarse de un ejemplar de fibula anular hispánica, que ofrece en el puente una decoración repujada de sendas cabezas de lobo contrapuestas (GONZÁLEZ, 1999: 100 ss., lám. V,15), mostrando, una vez más, el peculiar carácter de simetría que caracteriza los modelos analizados (Fig. 3.2), aunque se aleje tipológicamente de ellos, encontrando sus mejores paralelos, tanto morfológicos como decorativos, en las fíbulas de tipo Driebes (RADDATZ, 1969: Taf. 7 y 8,2-3). En cuanto a su cronología, hay que tener en cuenta que los hallazgos monetales procedentes de Armuña sitúan el final del poblado a inicios del siglo II a.C., con seguridad hacia el primer cuarto de la centuria (GONZÁLEZ, 1990: 19 y 101), lo que nos lleva a situar esta pieza en un momento ligeramente posterior al contexto del atesoramiento argéneo de Driebes, relacionado con los episodios de la Segunda Guerra Púnica, aportando por tanto una segura cronología *ante quem* de fines del siglo III a.C. para los ejemplares repujados con los que se relacionaría la pieza de Armuña (ALMAGRO-GORBEA y LORRIO, 1992: 421).

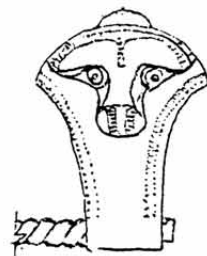
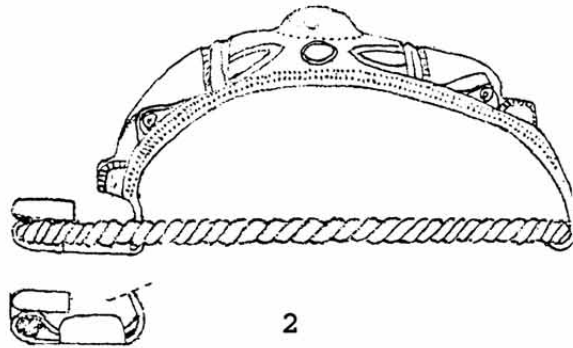
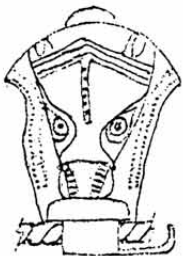
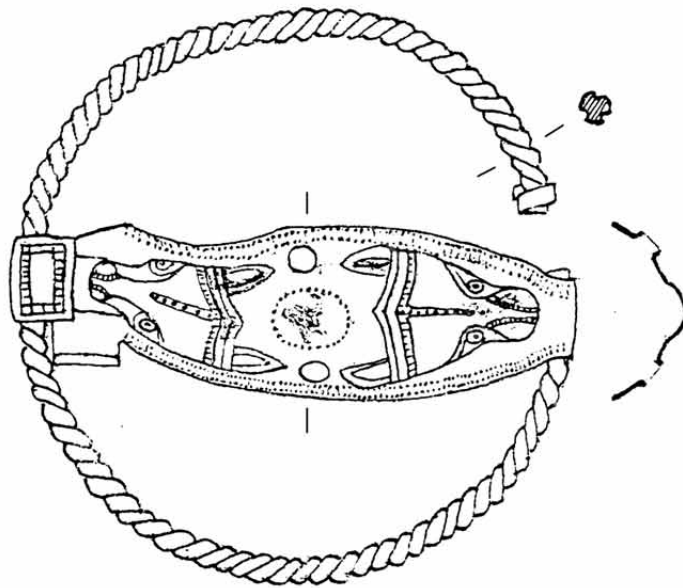
3.2. CLASIFICACIÓN TIPOLOGICA Y PROPUESTA DE EVOLUCIÓN

A pesar del reducido número de ejemplares bronceos conocidos y su variabilidad cabe individualizar diferentes modelos de fíbulas lobunas, pudiendo plantear, igualmente, aunque sea de forma tentativa, la posible evolución del tipo.

Creemos que los ejemplares más antiguos serían aquellos relativamente naturalistas en los que se reproduce en bulto redondo un animal completo (Tipo I), teniendo el mejor ejemplo en la pieza de la tumba G de Arcóbriga, aunque esta necrópolis habría proporcionado otra más, pudiendo citar otro ejemplar de la Meseta Occidental (CERDEÑO y CABANES, 1994:



1



2

Figura 3. Fíbulas argénteas de Torre de Juan Abad (1) y Armuña de Tajuña (2) (1. según Álvarez-Ossorio 1945 y Raddatz 1969 (foto); 2. según González 1999).



fig. 2,2). A diferencia de los modelos zoomorfos de jabalí, de caballito o, incluso, de toro, en los que a veces el pie se prolonga, ya como un simple vástago, ya incorporando otros elementos, como cabezas humanas –tanto en las de caballito como en las de jabalí– o, como ocurre con algunas fíbulas de caballito, llegar incluso a incorporar un suido en el pie, en las fíbulas lobunas simples estos detalles no están presentes. Lo mismo cabe señalar sobre determinados elementos “decorativos” como los círculos concéntricos, habituales en los ejemplares de caballito y también presentes en los de toro o jabalí, aunque no se registren en las piezas lobunas, lo que posiblemente deba relacionarse con la interpretación de estos elementos como símbolos solares (ALMAGRO-GORBEA y TORRES, 1999: 70, con la discusión sobre el tema).

Los datos de Arcóbriga sitúan esta variante en un momento avanzado del siglo III o ya en pleno siglo II a.C., lo que coincide con los datos aportados por otros modelos de fíbulas zoomorfas, como las de caballito, sin duda el tipo mejor estudiado, cuya aparición se sitúa, probablemente, hacia las postrimerías del siglo III a.C., alcanzando un fuerte desarrollo durante el II, fechándose los ejemplares más recientes a inicios del I a.C. (ALMAGRO-GORBEA y TORRES, 1999: 38 ss.), siendo durante esta fase avanzada de la cultura celtibérica cuando las representaciones figurativas, apenas presentes en las centurias anteriores, se incorporan plenamente al arte celtibérico, como demuestran creaciones tan genuinas como las citadas fíbulas zoomorfas, de amplia dispersión meseteña.

Por otro lado, tenemos un conjunto de fíbulas simétricas en el que hemos creído conveniente individualizar dos tipos, mejor que variantes, valorando como un elemento diferenciador la presencia del apéndice caudal formando parte del propio puente. Por un lado, tendríamos la fíbula de Coy, que sería el ejemplar más antiguo (Tipo II), dada su similitud con el de la tumba G de Arcóbriga, pudiendo plantear la contemporaneidad de ambas piezas, tanto por su estilo como por sus dimensiones. Más evolucionadas son las restantes piezas simétricas (Tipo III), presentando el pie integrado en el puente, que muestra una característica decoración moldurada en su parte central, situándose en ambos extremos sendas cabezas zoomorfas contrapuestas, observándose una clara evolución entre los ejemplares conservados, pudiendo considerar la pieza conquesa como más próxima a los prototipos, al mantener todavía la idea de estar ante dos animales unidos por el tronco y mostrar las susodichas cabezas lobunas prácticamente exentas del puente, donde quedan parcialmente integradas (IIIA); un estadio más avanzado lo constituiría

la variante representada por el ejemplar del M.A.N., donde el lobo que decora la parte superior de la cabecera ofrece una mayor integración en el puente (IIIB); finalmente, la fíbula de Cova Freda sería el resultado de un paso más en la estilización del tipo (IIIC).

Otro modelo (Tipo IV), en clara relación con las piezas anteriores, quedaría representada por la fíbula de La Atalaya, con dos cabezas sobre la cima horizontal del puente, pero sin su carácter simétrico, pues la de mayores dimensiones constituye el remate ornamental del apéndice caudal que queda adherido al puente, presentando, en este caso, la misma orientación que la figurada en el extremo opuesto. Como los ejemplares del tipo anterior presenta las características molduras, coincidiendo con el de Cuenca en la presencia de decoración troquelada.

Relacionada con la anterior, aunque de mayor complejidad decorativa, es la pieza argétea de Torre de Juan Abad, ya que responde a una misma técnica constructiva, al mostrar de igual modo el apéndice caudal descansando directamente sobre el puente. Sin embargo, este ejemplar participa también de similares características con los modelos del Tipo III, al ofrecer una decoración claramente simétrica de cabezas lobunas contrapuestas, tanto en el puente, como en el extremo del apéndice caudal. Parece clara, pues, su relación con las piezas celtibéricas, aunque también con los ejemplares argéteos de La Tène Media con representaciones zoomorfas –en algún caso con la presencia de algún posible cánido–, entre las que se incluyen las de escena venatoria, cuya dispersión se sitúa por las tierras de la Meseta Sur, el interior levantino y la Andalucía Oriental (RADDATZ, 1969: 142 ss.). La pieza presenta una segura fecha *ante quem* de finales del siglo II-inicios del I a.C. (RADDATZ, 1969: 265; VILLARONGA, 1993: 46; CHAVES, 1996: 138 ss.), lo que permite ofrecer un marco general para los ejemplares bronceos asimilables al tipo, todos ellos sin contexto, aunque no debemos olvidar que los puentes decorados con figuras de animales se documentan ya en el tesoro de Driebes (RADDATZ, 1969: Taf. 7 y 8,2-3), por lo que su inicio puede ser anterior a finales del siglo III a.C., habiendo continuado a lo largo de la centuria siguiente (ALMAGRO-GORBEA y LORRIO, 1992: 421). En este sentido es interesante resaltar el carácter más arcaico de la pieza de Torre de Juan Abad, que habría que relacionar con aquellos modelos englobados por Cabré y Morán (1979: 17 ss.) en su Grupo IV, que recoge las “Derivaciones locales evolucionadas del esquema de La Tène Antigua”, mientras que las piezas bronceas de nuestro Tipo III ofrecen una mayor evolución técnica, al tratarse de modelos en los que el apéndice caudal forma parte estructural del propio puente, lo que nos



llevaría a relacionarlas, en este caso, con las piezas incluidas en el Grupo VII de estos mismos autores (CABRÉ y MORÁN, 1979: 21 ss.).

Como último estadio en la evolución del modelo encontraríamos una serie de piezas, que no son sino la simplificación de los tipos anteriores al reproducir únicamente, y de forma muy esquemática, la cabeza del animal (Tipo V), habiéndose sugerido una fecha del siglo II a.C. para el ejemplar de la ciudad de Numancia (JIMENO ed., 2005: catálogo, nº 276).

Finalmente, hay que referirse a las representaciones de cabezas repujadas sobre chapas argénteas, pudiendo mencionar el excepcional ejemplar anular de Armuña de Tajuña, que pone de manifiesto cómo las representaciones de cabezas contrapuestas en disposición simétrica es un hecho bien constatado en otros modelos de fíbulas, como ésta de tipo anular hispánico, resultando de gran interés su disposición sobre el puente, en lo que coincide con el ejemplar de Torre de Juan Abad (*vid. supra*).

4. PROCEDENCIA Y CONTEXTO CULTURAL

Las distintas fíbulas lobunas analizadas proceden en su mayoría del territorio celtibérico (Fig. 4), con hallazgos en la zona del Alto Duero –Numancia y Valdanzo– y el Alto Jalón –Arcóbriga–, así como en las tierras meridionales de este territorio, circunscrito a la provincia de Cuenca –Carboneras– y las tierras valencianas limítrofes –La Atalaya–, zona donde la presencia de elementos de filiación celtibérica está bien documentada (LORRIO, 2007: 248 ss.). De gran interés es el hallazgo de algunos tipos con cabezas lobunas en la zona carpetana –Armuña y Perales de Tajuña– y oretana –Torre de Juan Abad–, además de su presencia en las tierras del Duero Medio. Por su parte, la pieza del Noreste –Cova Freda– debería ser considerada, según se ha visto, como una importación del ámbito celtibérico. Se trata de hallazgos procedentes tanto de contextos funerarios, así los ejemplares de Arcóbriga, como de habitación,

donde incluiríamos las piezas de Numancia o La Atalaya, sin olvidar los atesoramientos, como el caso de Torre de Juan Abad.

Parece claro, pues, el carácter anómalo del hallazgo lorquino, tanto por su localización como por el posible contexto de época romana con el que se podría relacionar. Aunque al tratarse de una pieza perteneciente a una colección particular siempre exista la posibilidad de que la procedencia aducida no lo fuera en realidad, lo que no parece ser el caso que nos ocupa (A. Martínez, comunicación personal), sí tenemos constancia en las tierras del levante meridional y el sureste de ciertos elementos de clara filiación celtibérica, lo que permitiría explicar la presencia en la zona de Lorca de un ejemplar de las características citadas. Éste es el caso de algún puñal biglobular, arma, de origen celtibérico, cuya presencia resulta frecuente en buena parte de la *Hispania* celta desde el siglo III hasta el I a.C. (LORRIO, 2005: 183, 190, fig. 8,B), aunque también se conozca en el ámbito ibérico peninsular (QUESADA, 1997: 294, fig. 173), como el de La Alcudia de Elche (LORRIO, 2004: 163 ss.), publicado como una pieza iberorromana procedente de los niveles fechados entre el 42 a.C. y mediados del siglo I d.C. (RAMOS FERNÁNDEZ, 1974: 79). Otra pieza de interés sería un jinete perteneciente a una fíbula celtibérica de este característico tipo, depositada en

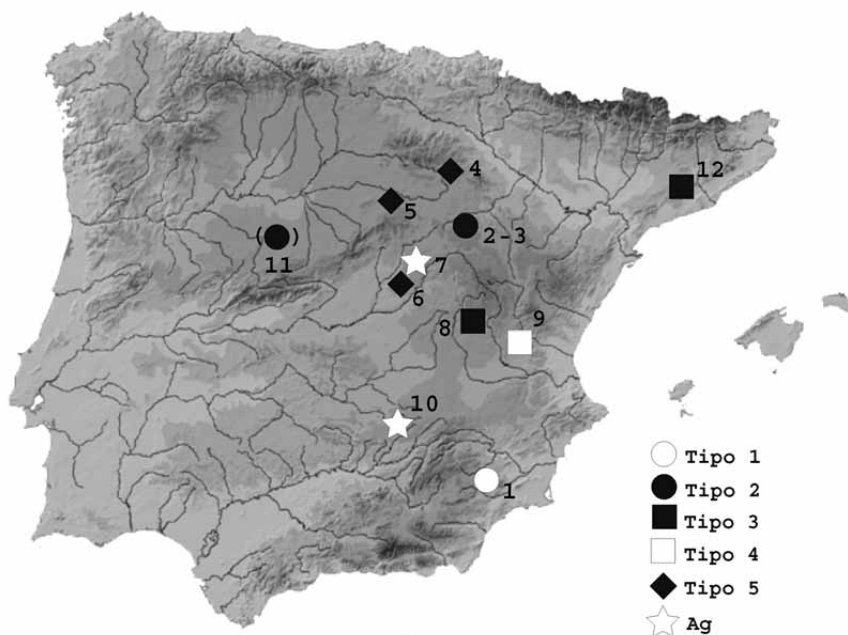


Figura 4. Mapa de dispersión de las fíbulas celtibéricas lobunas: 1. Coy (Lorca, Murcia); 2-3. necrópolis de Arcóbriga (Monreal de Ariza, Zaragoza); 4. Numancia (Garray, Soria); 5. Valdanzo (Soria); 6. Perales de Tajuña (Madrid); 7. Armuña de Tajuña (Guadalajara); 8. Carboneras de Guadazaón (Cuenca); 9. La Atalaya (Chelva, Valencia); 10. Torre de Juan Abad (Ciudad Real); 11. Meseta Occidental; 12. Cova Freda (Barcelona). 1-6, 8-9, 11-12, bronce; 7 y 10, plata.



el Museo Municipal de Elda (Alicante), habiéndose atribuido a un hallazgo casual en el *oppidum* de El Monastil (LORRIO, 1994-1995), lo que en su momento relacionamos con la posible presencia de elites ecuestres celtibéricas en las tierras del sur de la provincia de Alicante, sin descartar, como hemos señalado en el caso de la fíbula del Museo Arqueológico Municipal de Lorca, que pudiera no ser ésta su procedencia real, pues la pieza formaba parte de los fondos del Museo Municipal de Elda como un hallazgo, al parecer, de antiguos trabajos de excavación en el citado yacimiento.

Más difícil de aceptar es la supuesta vinculación de la pieza con una necrópolis de época romana, aunque bien es cierto que en ocasiones se encuentran amortizadas en las sepulturas piezas consideradas como verdaderas antigüedades, como ocurre con una tumba de la necrópolis altoimperial de Haza del Arca (Uclés, Cuenca) (LORRIO y SÁNCHEZ DE PRADO, 2002: 173 s., fig. 7), en cuyo interior se halló, según relata Quintero Atauri (1913: 119), un *aryballos* fenicio, quizá procedente del expolio de alguna tumba de una necrópolis prerromana localizada en las cercanías. No obstante, la fuerte carga ideológica que tendrían las fíbulas zoomorfas entre los celtíberos no creemos que permita pensar en su asimilación hasta el punto de depositar una de estas piezas en el interior de una sepultura romana.

5. SIMBOLOGÍA Y SIGNIFICADO SOCIAL

Como ha señalado Almagro-Gorbea (1999: 25 ss.; ALMAGRO-GORBEA *et al.*, 2004: 227), la iconografía lobuna se generalizó en el ámbito prerromano peninsular, y en concreto en el ibérico, como símbolo de la noche, la guerra, la muerte, el poder y el Más Allá, pues era considerado como “un modelo de organización guerrera y social”, “terrorífico y dotado de carácter mágico, lo que le hacía aún más terrible” (*vid.*, igualmente, GONZÁLEZ ALCALDE y CHAPA, 1993; UROZ, 2006: 96 ss.). El lobo era en la antigüedad el modelo mítico de guerrero, por su fuerza, astucia y ferocidad en el ataque y por su capacidad de actuar en grupo siguiendo a su jefe, hecho que es fácilmente asociado a cofradías guerreras y ritos iniciáticos; de esta forma, el lobo en el arte prerromano debe relacionarse con la mitología indoeuropea, tratándose de un animal del Más Allá (ALMAGRO-GORBEA, 1999: 26). Simboliza la divinidad infernal y guerrera y la idea de invisibilidad, de furor y muerte para el enemigo, así como al *dux* heroizado y al jefe de la *iuventus*, ideologías asociadas a mitos indoeuropeos y célticos (ALMAGRO-GORBEA, 1999: 38). Así, este tema es recurrente en la escultura, cerámica, orfebrería, toreútica y monedas ibé-

ricas, siendo uno de los animales más característicos en las fases más tardías de la cultura ibérica (ALMAGRO-GORBEA, 1999: 26). Los ejemplos son numerosos y los soportes diversos, destacando la escultura del conocido torso del guerrero de La Alcudia (Elche, Alicante) (ALMAGRO-GORBEA, 1999: 11 ss.), el lobo sobre el *larnax* de Villargordo (Jaén) (CHAPA, 1980: 506), los Bronces de Maquiz (Menjíbar, Jaén) (ALMAGRO-GORBEA, *et al.*, 2004: 223 ss.), o, en orfebrería, la pátera de Tivissa (Tarragona) o la de Santiesteban del Puerto (Jaén) (RADDATZ, 1969: Taf. 63, 75 y 76) o como remate de unos brazaletes procedentes de Córdoba (RADDATZ, 1969: Taf. 6,9 y 12).

Estos ejemplos sirven para demostrar cómo el lobo será un símbolo usado frecuentemente en la iconografía ibérica, mostrando en muchos casos la boca abierta, con los dientes señalados, el morro muy acentuado por arrugas muy profundas, ojos muy señalados y orejas apuntadas y erectas. Son lobos con marcado carácter de ferocidad, que contrastan con la mayoría de las piezas estudiadas, seguramente debido al tipo de soporte elegido, estando realizadas, al menos algunos de los ejemplares estudiados, con una mayor simplicidad. Mayor semejanza guarda la fíbula de Torre de Juan Abad (RADDATZ, 1969: Taf. 79,5), cuyas cabezas de lobo –dos contrapuestas en el puente y otras dos más en el pie siguiendo la misma composición– presentan la boca abierta, con los labios diferenciados, hocico prominente con profundas arrugas, que casi ocultan los ojos incisivos.

En el mundo celtibérico la importancia mítica del lobo queda reflejada en la noticia aportada por Apiano (*Iber.* 48) sobre el heraldo cubierto con piel de lobo de Nertóbriga, que cabe relacionar con el ámbito guerrero (CIPRÉS, 1993: 111 s.; SOPEÑA, 1995: 109 ss.), pero sobre todo por las representaciones de este animal sobre diferentes tipos de soportes, no siempre valoradas correctamente, entre los que destacan la orfebrería y la toreútica, ámbitos ambos donde el conjunto de fíbulas que aquí analizamos brilla con luz propia. Interesantes son, igualmente, un conjunto de piezas de bronce fundido, de medio bulto y sección planoconvexa, con diversas representaciones, entre las que se incluyen un conjunto de cabezas de lobo. Algunas de estas piezas se han interpretado como matrices para la fabricación de joyas (LORRIO y SÁNCHEZ DE PRADO, 2000-2001), dada su semejanza con otras ibéricas, como las recuperadas en la llamada “tumba del orfebre” de la necrópolis ibérica de Cabezo Lucero (Alicante) (UROZ, 2006), lo que parece seguro en el caso de ciertas cabezas humanas muy parecidas a la de



la fíbula argétea de Driebes (RADDATZ, 1969: Taf. 7), aunque para Almagro-Gorbea *et al.* (2004: 305, 313 ss., 341 ss., para los ejemplares lobunos) deban interpretarse como téseras de hospitalidad anepígrafas, dado su creciente número, su proximidad tipológica a algunas piezas con inscripción y el hecho de estar ante una población mayoritariamente analfabeta. Los ejemplares con cabeza de lobo no son muy numerosos, con un ejemplar del *oppidum* de *Contrebia Carbica* (LORRIO y SÁNCHEZ DE PRADO, 2000-2001: 132, nº 9), otro, con los dientes visibles, del *oppidum* de Villas Viejas del Tamuja (Cáceres), donde se ha localizado la ceca celtibérica de *Tamusia* (ALMAGRO-GORBEA *et al.*, 2004: 305, nº 605), un prótomo de procedencia desconocida (ALMAGRO-GORBEA *et al.*, 2004: 341 ss., nº 687), y dos piezas de la provincia de Madrid, en las que, además de una cabeza humana, se observa una cabeza de lobo, segura en uno de los ejemplares (ALMAGRO-GORBEA *et al.*, 2004: 313 ss., nº 613 y 613a).

Cabe mencionar, igualmente, las llamadas trompas de guerra, realizadas en barro y decoradas en su mayoría, pudiendo destacar dos ejemplares numantinos, uno con la bocina en forma de la cabeza del animal con las fauces abiertas y otro con una cabeza de lobo aplicada (WATTENBERG, 1963: tabla XV,414 y XVI,430). Es posible, asimismo, que algunos de los llamados animales en “perspectiva cenital”, característicos del ámbito arévaco-vacceo (ROMERO y SANZ, 1992: figs. 1 y 2) fueran en realidad lobos, sobre todo los casos interpretados como “perros”, y lo mismo cabe señalar de algunas representaciones, principalmente numantinas, generalmente atribuidas a “fieras” (SOPENA, 1995: 119 y 300, nº 29-31).

Volviendo al tema de las fíbulas lobunas, la ausencia de contextos fiables constituye sin duda una dificultad esencial a la hora de interpretar este tipo de objetos, que, como hemos visto, presentan una relativa variabilidad morfológica (figuras simples o simétricas, animales completos o cabezas aisladas), que también afecta a sus dimensiones, y variados contextos de procedencia, pues se trata de hallazgos tanto de necrópolis como de poblados o, incluso, de tesorillos. La complejidad que presenta su interpretación es evidente, en gran medida por la falta de contextos fiables, lo que es extensible a los restantes modelos zoomorfos. El modelo mejor estudiado son las fíbulas de caballito, a veces con el correspondiente jinete, pudiendo incorporar igualmente otros elementos como cabezas humanas o jabalíes, que constituyen uno de los elementos más peculiares y representativos de la cultura céltica de la Península Ibérica, conociéndose más de

150 ejemplares con una importante concentración en el territorio celtibérico (LENERZ-DE WILDE, 1991: 71 ss., fig. 51; ESPARZA, 1991-1992; ALMAGRO-GORBEA y TORRES, 1999). Estos objetos, para los que cabe defender una cronología entre finales del siglo III y el primer tercio del I a.C., similar por tanto a la que proponemos para los ejemplares de lobo, sería distintivo de elite social, considerándolos Almagro-Gorbea y Torres (1999: 69 ss.) como símbolo de la pertenencia a la clase de los *equites*, estando, por tanto, estrechamente relacionadas con las elites ecuestres celtibéricas.

Su consideración como símbolos de distinción social, exhibidos por personajes de cierto rango, ha sido también apuntada por Esparza (1991-1992: 548 ss.) al estudiar una curiosa variante del tipo anterior, las fíbulas de caballito y verraco, considerando que al menos en ciertos casos serían mujeres las portadoras de tan preciadas joyas, según denotarían algunos ajuares en los que están presentes estos elementos, caracterizados por la ausencia de armas. Los datos de la necrópolis de Numancia permiten constatar la relación de las fíbulas de caballito, identificadas en cuatro sepulturas, tanto con elementos de adorno como con ajuares armamentísticos, mientras que la única fíbula de jabalí y el único ejemplar de ave identificados proceden de tumbas sin armas (JIMENO *et al.*, 2004: fig. 134).

Por lo que se refiere a las fíbulas de lobo, la única pieza que nos ofrece información sobre su contexto inmediato es la que formaba parte del ajuar de la tumba G de Arcóbriga. De los en torno a 300 conjuntos proporcionados por esta necrópolis, han podido individualizarse 25 ajuares, de los que 21 tienen alguna clase de arma, aunque la sepultura con mayor número de objetos sea justamente una tumba sin armas, la G, sin duda perteneciente a un personaje destacado, presumiblemente una mujer, siendo la fíbula lobuna uno de los elementos más singulares del ajuar, pudiendo destacar igualmente la placa de cinturón damasquinada y, por su especial significado en la necrópolis, unos característicos elementos de hierro relacionados con la sujeción de los altos tocados (LORRIO, 2005: 223), utilizados, según Cerralbo (1916: 61 ss.), por las “sacerdotisas” celtibéricas (Fig. 5).

La importancia que tendrían las fíbulas zoomorfas en la sociedad celtibérica se pone de manifiesto en la exclusividad que presentan a la hora de su deposición en las sepulturas, siempre un ejemplar por tumba, frente a otros modelos de los que suelen encontrarse varias unidades en un mismo conjunto, con ejemplos en las necrópolis de Numancia (JIMENO *et al.*, 2004: tumbas 32, 81, etc.) y Arcóbriga (LORRIO y

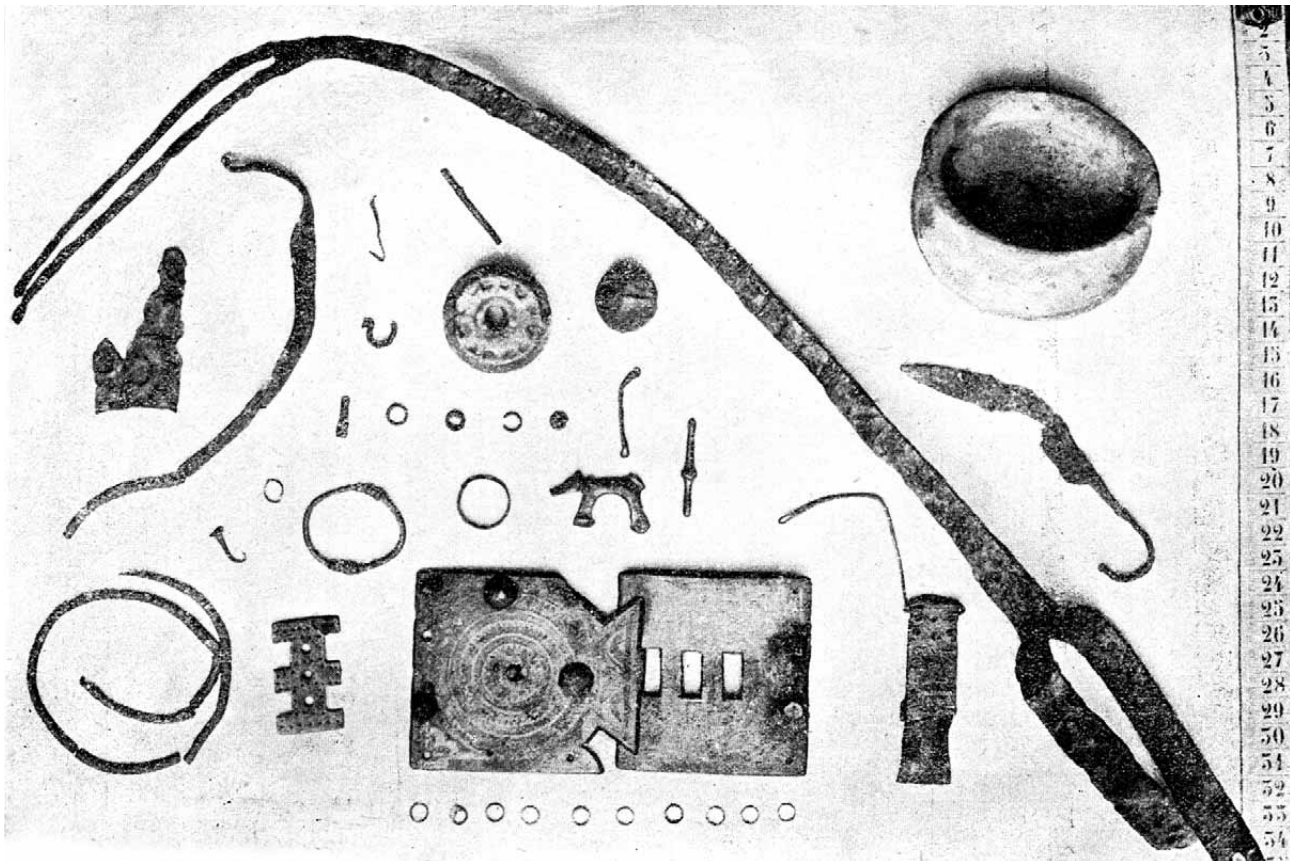


Figura 5. Tumba G de Arcóbriga (según Aguilera 1916).

SÁNCHEZ DE PRADO, e.p.). En cualquier caso, su presencia está igualmente constatada en contextos domésticos, aunque apenas podamos aportar mayores noticias sobre las condiciones de tales hallazgos, que podrían incluir piezas de plata, como el ejemplar de Armuña (GONZÁLEZ, 1999: 18 ss.), aunque tales modelos sea más habitual encontrarlos formando parte de tesorillos, lo que demuestra su destacado valor.

6. CONCLUSIONES

El análisis e interpretación de la fíbula simétrica de Coy (Lorca, Murcia), claramente ligada a dos ejemplares procedentes de la necrópolis celtibérica de Arcóbriga, cuya revisión estamos llevando a cabo, ha permitido valorar un nuevo tipo de fíbula zoomorfa de gran homogeneidad, aquella en la que se representa al lobo, animal que, como otros ya conocidos (caballo, jabalí, toro, etc.), tendría una fuerte simbología en el mundo céltico.

La figura del lobo se ha representado en la cultura celtibérica sobre diferentes soportes, destacando el campo de la orfebrería y la toreutica con la fabricación

de exquisitas fíbulas. Ya a finales del siglo III a.C. encontramos singulares ejemplares de fíbulas argénteas que muestran complejas escenas repujadas sobre el puente, pudiendo destacar una de tipo anular hispánico con cabezas lobunas procedente de Armuña, fechada ya a inicios del siglo II a.C. Al mismo tiempo, la figura de este animal reproducida de forma naturalista va a ser realizada en los talleres meseteños, mostrando la forma completa de la fiera, constituyendo un grupo muy homogéneo en cuanto a morfología y técnica (Tipo I); son pequeñas piezas que representan lobos, siempre en una posición estante y estática, cuyos mejores ejemplos los tenemos en la necrópolis de Arcóbriga, siendo el ejemplar lorquino una muestra de la moda simétrica que se impuso para este tipo de adornos, lo que nos ha llevado a englobarla en un grupo diferente, el Tipo II, caracterizado justamente por la simetría de las figuras lobunas contrapuestas que decoran las piezas.

En un momento ligeramente posterior, la técnica de fabricación de este tipo de adornos va evolucionando, lo que va a modificar la estética de estos modelos, encontrando nuevos tipos en los que la característica principal es el diferente grado de fusión del pie sobre el



punto, bien representados por nuestros modelos III y IV, que presentan una serie de denominadores comunes, centrados en la simetría de las figuras o cabezas lobunas contrapuestas que decoran las piezas –evidente en las piezas del Tipo III, ya que en el ejemplar de La Atalaya (Tipo IV) ambas cabezas ofrecen la misma orientación–, o en detalles como las molduras centrales que muestra el puente en su parte central. En realidad, el Tipo IV representaría el estadio intermedio, cuando el pie queda simplemente adherido al puente, quedando la decoración de cabezas lobunas que lo adornan exentas; por otra parte, el Tipo III resulta más avanzado tipológicamente, quedando el pie parcial o totalmente integrado en la estructura del puente.

En definitiva, la pieza de Lorca viene a representar el hallazgo más meridional de este modelo de fibula característico de la fase más avanzada de la cultura celtibérica, pudiéndose fechar entre finales del siglo III e inicios del I a.C., como demuestra su área de dispersión, coincidente con la Celtiberia de las fuentes literarias y las zonas alledañas.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA Y GAMBOA, E. DE, MARQUÉS DE CERRALBO, 1911: *Páginas de la Historia Patria por mis excavaciones arqueológicas*, tomo IV (*Necrópolis ibéricas y Drunemeton*), obra inédita.
- AGUILERA Y GAMBOA, E. DE, 1916: *Las necrópolis ibéricas*. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1999: *El Rey-Lobo de la Alcudia de Elche*. Murcia, pp. 9-47.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; CASADO, D.; FONTES, F.; MEDEROS, A. y TORRES, M., 2004: *Prehistoria. Antigüedades Españolas I*, Catálogo del Gabinete de Antigüedades, Real Academia de las Historias, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y LORRIO, A. J., 1992: “Representaciones humanas en el arte céltico de la Península Ibérica”, *II Symposium de Arqueología Soriana (Soria 1989)*, tomo I. Soria, pp. 409-451.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y TORRES, M., 1999: *Las fibulas de jinete y de caballito. Aproximación a las elites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza.
- ÁLVAREZ-OSSORIO, F., 1945: “El tesoro ibérico, de plata, procedente de Torre de Juan Abad (Ciudad Real)”, *Archivo Español de Arqueología* XVIII, pp. 205-211.
- ARGENTE, J. L., 1994: *Las fibulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*, Excavaciones Arqueológicas en España, 168, Madrid.
- CABRÉ, M. E. y MORÁN, J. A., 1979: “Ensayo tipológico de las fibulas con esquema de La Tène en la Meseta Hispánica”, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 11-12, pp. 10-26.
- CABRÉ, M. E. y MORÁN, J. A., 1982: “Ensayo cronológico de las fibulas con esquema de La Tène en la Península Hispánica”, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 15, pp. 4-27.
- CHAPA, T., 1980: *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*, Tesis Doctoral reprografiada, Universidad Complutense de Madrid, 2 vols., Madrid.
- CHAVES, F., 1996: *Los tesoros en el Sur de Hispania*. Sevilla.
- CERDEÑO, M. L. y CABANES, E., 1994: “El simbolismo del jabalí en el ámbito celta peninsular”, *Trabajos de Prehistoria* 51 (2), pp. 103-119.
- CERRALBO, MARQUÉS DE, VID. AGUILERA Y GAMBOA, E. DE.
- CIPRÉS, P., 1993: *Guerra y Sociedad en la Hispania Indoeuropea, (Anejos de Veleia, Series minor 3)*. Vitoria-Gasteiz.
- ESPARZA, A., 1991-1992: “Cien años de ambigüedad: sobre un viejo tipo de fibulas de la Edad del Hierro de la Meseta española”, *Zephyrus* XLIV-XLV, pp. 537-552.
- GONZÁLEZ ZAMORA, C., 1999: *Fibulas en la Carpetania*, Madrid.
- GONZÁLEZ ALCALDE, J. y CHAPA, T., 1993: “‘Meterse en la boca del lobo’. Una aproximación a la figura del ‘carnassier’ en la religión ibérica”, *Complutum* 4, pp. 169-174.
- JIMENO, A. ed., 2005: *Celtíberos. Tras la estela de Numancia*, Diputación de Soria, Soria.
- JIMENO, A.; TORRE, J. I. DE LA; BERZOSA, R. y MARTÍNEZ, J. P., 2004: “La necrópolis celtibérica de Numancia”, *Memorias Arqueología en Castilla y León 12*, Junta de Castilla y León, Salamanca.
- LENERZ-DE WILDE, M., 1991: *Iberia Celtica. Archäologische Zeugnisse keltischer Kultur auf der Pyrenäenhalbinsel*, 2 vols. Stuttgart.
- LORRIO, A. J., 1994-1995: “A propósito de una fibula celtibérica de ‘El Monastil’ (Elda, Alicante)”, *Alebus* 4-5 [1997], pp. 73-82.
- LORRIO, A. J., 2004: “El armamento”, en HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. y ABAD CASAL, L. (eds.), *Iberia, Hispania, Spania. Una mirada desde Ilici*, pp. 155-166.
- LORRIO, A. J., 2005: *Los Celtíberos, 2ª edición ampliada y actualizada*, Bibliotheca Archaeologica Hispana 25. Complutum Extra 7. Real Academia de la Historia, Madrid.



- LORRIO, A. J., 2007: "Celtíberos y bastetanos en el oriente de la Meseta Sur: problemas de delimitación territorial", en CARRASCO, G. (coord.), *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha*. Cuenca, pp. 227-270.
- LORRIO, A. J. y OLIVARES, J. C., 2004: "El toro en la Hispania Celta", *Revista de Estudios Taurinos 18 (Toros y Arqueología)*. Sevilla, pp. 81-141.
- LORRIO, A. J. y SÁNCHEZ DE PRADO, M.^a D., 2000-2001: "Elementos de un taller de orfebre en Contrebia Carbica (Villas Viejas, Cuenca)", *Lucentum*, XIX-XX [2002], pp. 127-148.
- LORRIO, A. J. y SÁNCHEZ DE PRADO, M.^a D., 2002: "La necrópolis romana de Haza del Arca y el santuario del *Deus Aironis* en la Fuente Redonda (Uclés, Cuenca)", *Iberia. Revista de la Antigüedad 5* [2004], pp. 161-193.
- LORRIO, A. J. y SÁNCHEZ DE PRADO, M.^aD., e.p.: *La necrópolis celtibérica de Arcóbriga (Monreal de Ariza, Zaragoza)*.
- MARTÍNEZ, A., 1991-1992: "El Villar de Coy. Una villa romana de larga continuidad", *Anales de Prehistoria y Arqueología 7-8*, pp. 207-217.
- NAVARRO, R., 1970: *Las fibulas en Cataluña*. Barcelona.
- QUESADA, F., 1997: *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*, Monographies Instrumentum 3, 2 vols., Montagnac.
- QUINTERO ATAURI, P., 1913: *Uclés, Excavaciones efectuadas en distintas épocas y noticia de algunas antigüedades. Segunda parte*. Cádiz.
- RADDATZ, K., 1969: *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*, Madrider Forschungen, 5. Berlin.
- RAMOS FERNÁNDEZ, R., 1974: *De Helikê a Illici*, Guías Artísticas Provinciales 1. Alicante.
- ROMERO, F. y SANZ, C., 1992: "Representaciones zoomorfas prerromanas en perspectiva cenital. Iconografía, cronología y dispersión geográfica", *II Symposium de Arqueología Soriana (Soria 1989)*, tomo I. Soria, pp. 453-471.
- SOPENA, G., 1995: *Ética y ritual. Aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*. Zaragoza.
- UROZ, H., 2006: *El programa iconográfico religioso de la "tumba del orfebre" de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)*, Monografías del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo 3. Murcia.
- VALIENTE, S. y RUBIO DE MIGUEL, I., 1985: "Aportaciones a la Carta Arqueológica del Valle del Tajuña. I: Fíbulas", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, pp. 119-130.
- VILLARONGA, L., 1993: *Tresors monetaris de la Península Ibèrica anteriors a August: repertori i anàlisi*. Barcelona.
- WATTENBERG, F., 1963: *Las cerámicas indígenas de Numancia*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, IV. Madrid.